G.K. CHESTERTON

# EL MAGO

---

## PRELUDIO

*Oscuro y lluvioso crepúsculo. Una plantación de árboles nuevos, algunos florecidos, y la tierra, entre ellos, sembrada. Se descubre a un personaje extraño; es una figura embozada y lleva un capuchón puntiagudo. Su traje puede ser moderno o de cualquier otra época. Lleva el cónico capuchón tan encasquetado que apenas se le ve la cara.*

*Se oye una voz distante, de mujer, que emita suavemente. No se entienden sus palabras. La figura embozada levanta la cabeza y escucha atentamente. La voz se va acercando cada vez más y aparece Patricia Carlean. Es morena y delgada y tiene una expresión de soñadora. Aunque artísticamente vestida, su pelo está un poco alborotado. Tiene en la mano una rama florecida. No ve al Forastero, quien, aunque ya la ha mirado con interés, no da muestras de haberla visto. Cuanto Patricia lo descubre, hace un movimiento de sorpresa.*

PATRICIA: ¡Oh! ¿Quién es usted?
EL FORASTERO: ¿Quién soy? *(Comienza a decir algo entre dientes y con su vara hace unos dibujos en el suelo.)* Tengo un sombrero que no es para usar;
una espada que no es para matar;
y siempre en mi valija llevo
un mazo que no es para jugar.
PATRICIA: ¿Quién es usted? ¿Qué está diciendo?
EL FORASTERO: Es el lenguaje de los duendes, oh, hija de Eva.
PATRICIA: Nunca creí que los duendes fueran como usted. Es más alto que yo.
EL FORASTERO: Tenemos la estatura que deseamos, pero los elfos se achican cuando se mezclan con los

mortales.

PATRICIA: Quiere decir que son seres más grandes que nosotros.

EL FORASTERO: Hija de los hombres, si quiere saber cómo es realmente un duende, busque su cabeza por encima de las estrellas y sus pies en el lecho del mar. Quizás algunas viejas le hayan dicho que los duendes son demasiado pequeños para que los vean, pero yo le digo que son demasiado grandes para que los vean. Son los dioses más antiguos, ante quienes los gigantes parecen pigmeos. Son los Espíritus Elementales y cualquiera de ellos es más grande que el mundo. Y la gente los busca en las bellotas y en los hongos y se asombra de no encontrarlos.

PATRICIA: ¿Y ha tomado usted la forma y tamaño de un hombre?

EL FORASTERO: Sí. Porque quiero hablar con una mujer.

PATRICIA *(retrocediendo con temor):* Me parece que mientras habla se vuelve usted más alto. *(La escena se desvanece.)*

<u>ACTO PRIMERO</u>

*Aparece la sala del duque, un aposento con amplias ventanas al estilo francés, o cualquier espacio suficientemente amplio para que pueda verse un jardín y una casa a regular distancia. Es el anochecer, y hay una luz roja en la casa del fondo. El reverendo Cirilo Smith está sentado; a su lado tiene el sombrero y el paraguas; es, evidentemente, un visitante, un muchacho, con el más alto de los cuellos usados por pastores de la Iglesia Anglicana, y con todas las cualidades de un fanático reprimido. Pertenece a la secta de los Socialistas Cristianos y toma muy en serio su sacerdocio. No es un asno, es un hombre honesto. Entra Hastings con papeles en la mano y se dirige hacia él.*

HASTINGS: Buenas tardes. Usted es el señor Smith. *(Pausa.)* Es decir, el rector, creo.
SMITH: Soy el rector.
HASTINGS: Yo soy el secretario del duque. Su Gracia me pide que le diga a usted que espera verlo pronto, pero ahora está ocupado con el doctor.
SMITH: ¿El duque está enfermo?
HASTINGS *(riendo):* Oh, no; el doctor ha venido a solicitar una donación. Su Gracia nunca está enfermo.
SMITH: ¿El doctor está con él ahora?
HASTINGS: Pues, a decir verdad, no está. Ha ido a buscar un papel relacionado con su pedido. Pero, como usted puede ver, no tiene mucho que andar. Ésa es la luz de su casa, al final del parque.
SMITH: Sí, ya sé. Le estoy muy agradecido. Esperaré todo el tiempo que sea necesario.
HASTINGS *(jovialmente):* No tardará mucho. *(Sale. El doctor Grimthorpe entra por la puerta del jardín, leyendo un papel. Es un profesional anticuado, con mucho de caballero; está vestido muy cuidadosamente y de un modo algo antiguo. Tiene unos sesenta años.)*
MÉDICO *(doblando el papel):* Discúlpeme, señor. No me di cuenta que había alguien aquí.
SMITH: Discúlpeme usted. Un sacerdote novicio no puede pretender que lo adviertan. Solamente vine a ver al duque por asuntos del distrito.
MÉDICO *(sonriendo):* Yo también, por raro que

parezca. Pero convendría que nos prestara un oído distinto a cada uno.

SMITH : En cuanto mí concierne, no tengo por qué ocultarlo. Me he asociado a esta Liga para abrir una taberna modelo en la parroquia; en una palabra, he venido a pedir a Su Gracia una donación.

MÉDICO *(ásperamente):* Y, según parece, yo me he unido a la demanda contra la erección de una taberna modelo en esta parroquia. La similitud de nuestra posición crece a cada instante.

SMITH: Sí, debimos nacer mellizos.

MÉDICO *(de mejor humor):* Bien, ¿qué es una taberna modelo? ¿Usted quiso decir de diversión?

SMITH: Quise decir un lugar donde los ingleses puedan conseguir bebidas decentes y beberías decentemente. ¿A eso llama usted diversión?

MÉDICO: No; yo lo llamaría cosa de magia. O, con perdón de su investidura, diría más bien, un milagro.

SMITH: Acepto las disculpas a mi investidura. Cumplo con mi deber de sacerdote. ¿Qué derecho tiene la Iglesia de imponer ayuno a sus hombres si jamás les permite una fiesta?

MÉDICO *(amargamente):* Y cuando haya permitido la fiesta, me mandará los feligreses para que los cure.

SMITH: Sí; y cuando usted los haya curado me los mandará a mí para que los entierre.

MÉDICO *(riendo, después de una pausa):* Bien; a usted le corresponden todas las viejas doctrinas. Es justo que también le correspondan todos los chistes viejos.

SMITH *(riendo también):* Y de paso, usted dice que es cosa de magia que los pobres puedan beber decentemente.

MÉDICO : Digo que es un descubrimiento químico que el alcohol no sea un alimento.

SMITH: ¿Usted no bebe?

MÉDICO *(levemente asombrado) :* ¡Beber! ¡Beber vino! ¿Pues qué otra cosa se puede beber?

SMITH: ¿Así que beber decentemente es cosa de magia que usted también puede hacer, de todos modos?

MÉDICO *(aún de buen humor):* Bien, bien. Esperemos que así sea. Y hablando de magia, esta tarde habrá aquí prestidigitación y otras cosas más.

SMITH: ¿Prestidigitación? ¿Es verdad? ¿Y por qué? *(Entra Hastings con una carta en cada mano.)*

HASTINGS: Su Gracia estará aquí dentro de un momento. Me pidió que primero arregle este asunto con ustedes. *(Entrega una carta a cada uno.)*

SMITH *(volviéndose ansiosamente hacia el médico):* Pero esto es espléndido. El duque me da cincuenta libras para la nueva taberna.

HASTINGS: El duque es muy generoso. *(Recoge los papeles.)*

MÉDICO *(mirando fijamente el cheque):* Pero qué curioso. También ha dado cincuenta libras para la Liga de oposición a la nueva taberna.

HASTINGS: El duque es muy generoso. *(Sale.)*

SMITH *(examinando el cheque):* ¡Generoso! Distraído, diría yo.

MÉDICO *(sentándose y encendiendo un cigarrillo):* Bien, sí. El duque sufre de *(hace una pausa durante la cual lleva el cigarrillo a la boca y da una pitada)* distracción. No le gustan las discusiones. ¿No conoce usted a esa clase de hombres que, cuando se les habla de las cinco mejores razas caninas, terminan siempre por comprar un chusco? El duque es el más amable de los hombres y trata siempre de complacer a todo el mundo. Y generalmente termina no complaciendo a ninguno.

SMITH: Sí, creo saber lo que es eso.

MÉDICO: Ahí tiene por ejemplo la prestidigitación. ¿Sabe usted que el duque va a tener ahora dos protegidos en su casa?

SMITH: Sí. Algo oí acerca de un sobrino y de una sobrina de Irlanda.

MÉDICO: La sobrina llegó de Irlanda hace unos meses, pero el sobrino llega de América esta misma noche. *(Se levanta bruscamente y camina por la habitación.)* Creo que le contaré todo. No obstante su preciosa taberna, me parece usted un hombre cabal. Y sospecho que esta noche necesitaré muchos hombres cabales.

SMITH *(levantándose también):* Estoy a su disposición. Y sabrá que casi adiviné que no había venido usted a esta casa solamente a protestar contra mi preciosa taberna.

MÉDICO *(caminando a pasos largos, con reprimida excitación):* Bien. Adivinó. Fui médico de la familia del hermano del duque, en Irlanda. Conocí muy bien a la familia.

SMITH *(tranquilamente):* ¿Supongo que quiere decir que supo algo singular acerca de la familia?
MÉDICO: Bien, veían duendes y cosas por el estilo.
SMITH: Y supongo que para un médico, ver duendes es lo mismo que ver culebras.
MÉDICO *(con una sonrisa huraña):* Bien. Los vieron en Irlanda. Y supongo que es lógico ver duendes en Irlanda. Es como jugar en Monte Cario. Completamente respetable. Pero que vean duendes en Inglaterra, es como para hacerse la cruz. No está bien que quieran traer sus fantasmas, sus duendes y sus brujas al jardín del pobre duque y a un metro de mi propio farol. Es una falta de tacto.
SMITH: ¿Debo entender que el sobrino y la sobrina del duque ven brujas y duendes entre esta casa y su farol? *(Camina hasta la ventana que da al jardín y mira hacia afuera.)*
MÉDICO: Bien. El sobrino ha estado en América, y es sabida que en América no se ven duendes. Pero existe esa clase de superstición en la familia, y no estoy muy tranquilo respecto a la muchacha.
SMITH: ¿Por qué, qué le ocurre?
MÉDICO: Vaga por el parque y por los montes al atardecer. En los atardeceres sombríos, con preferencia. Ella lo llama crepúsculo céltico. No es para mí el crepúsculo céltico; tiene la tendencia de entrarse en el pecho. Pero lo que es peor, ella habla siempre de una cita con alguien, con un elfo, o un brujo o algo parecido. No me gusta nada.
SMITH: ¿Se lo dijo usted al duque?
MÉDICO *(con una sonrisa áspera):* Sí, se lo dije, y el prestidigitador fue el resultado.
SMITH *(con asombro):* ¿El prestidigitador?
MÉDICO *(deja su cigarrillo en el cenicero):* El duque es un hombre raro. Ahora mismo vendrá, y podrá juzgar por usted mismo. Preséntele dos o tres casos, y lo que sacará en limpio será algo que nada tiene que ver con lo que se trata. Cuente a otra persona de una muchacha que sueña con hadas y con su lejano hermano de América y lo resolverá de un modo práctico: la mandará a América o la dejará con sus hadas en Irlanda. Pero el duque cree que un prestidigitador resolverá el caso. Creo que él vagamente piensa que las cosas se van a aclarar y que de algún

modo dejará satisfecho el interés de los creyentes en cosas naturales y el interés de los incrédulos. En realidad, el incrédulo piensa que un prestidigitador es un fraude, y el crédulo también piensa que es un fraude. El prestidigitador no convence a nadie; por eso satisface al duque. *(Entra el duque, con Hastings, quien trae unos papeles. El duque es un hombre sano, robusta; usa ropa de sport. Su mirada es más bien extraviada. En el estado actual de la nobleza es necesario aclarar que el duque es un caballero a pesar de ser un asno.)*

EL DUQUE: Buenos días, señor Smith. Siento haberlo hecho esperar, pero hoy estamos rnuy atareados. *(Se vuelve hacia Hastings que se ha dirigido con los papeles a una mesa.)*

HASTINGS: Sí, Su Gracia. El tren está por llegar y ya he mandado el coche.

EL DUQUE: Gracias. *(Volviéndose hacia los otros.)* Mi sobrino, doctor Grimthorpe, mi sobrino Morris, el hermano de la Srta. Carleen, que llega de América. Me han dicho que allá ha hecho grandes cosas. Petróleo o algo parecido. Debemos estar de acuerdo con la época, ¿no?

MÉDICO: Temo que el señor Smith no esté siempre de acuerdo con la época.

EL DUQUE: ¡Oh!, vamos, vamos. El progreso, usted sabe, el progreso. Sé que tiene usted demasiado trabajo, pero no debe excederse, ¿sabe? Hastings me contaba que le causó mucha gracia el asunto de mis donaciones. Bueno, yo creo que se deben considerar ambos lados de la cuestión. Puntos de vista, diría el viejo Buffle, puntos de vista. *(Y con un gesto omnímodo del brazo:)* Usted es partidario de la bebida moderada, y tiene *su* razón; el doctor es partidario de no beber en absoluto, y tiene también *su* razón. No podemos ser antiguos bretones, ¿verdad? *(Hay un prolongado y perplejo silencio, de los que siempre siguen a las más abruptas asociaciones y disociaciones del duque.)*

SMITH *(por fin, débilmente):* ¿Bretones antiguos?

MÉDICO *(a Smith, en voz baja):* No se preocupe. Es su amplitud de criterio.

EL DUQUE *(con no disminuida jovialidad):* Vi la obra que usted está preparando, Sr. Smith. Muy buen

trabajo; muy buen trabajo, por cierto. Arte para el pueblo, ¿no? Me agrada sobre todo el tallado de la puerta que da al Oeste. Y me agrada comprobar que aplica la nueva clase de veteado. Todo eso recuerda a uno la Revolución Francesa. *(Otro silencio. Mientras el duque se pasea activamente por la habitación, Smith habla al médico en voz baja.)*

SMITH: ¿Le recuerda a usted la Revolución francesa?

MÉDICO: Tanto como cualquier cosa. Su Gracia nunca me recuerda nada. *(Juvenil y bien americana, se oye en el jardín una voz que dice:)*

LA VOZ: Oiga, ¿puede alguien ocuparse de uno de estos baúles? *(Hastings sale al jardín. Vuelve acompañado de Morris Carlean, un hombre joven, casi un muchacho; con ropas y modales bien a la americana. Es moreno, pequeño y ágil. Bajo su americanismo se adivina su ascendencia irlandesa.)*

MORRIS *(chistosamente, asomando la cabeza por la ventana):* Diga, ¿vive aquí un duque?

MÉDICO *(que es el que está más cerca de él, con gravedad):* Sí, uno sólo.

MORRIS: Será el que yo busco, entonces. Soy su sobrino. *(El duque, en primer plano, con gesto meditabundo, con un ojo casi cerrado, se da vuelta al oír la voz y saluda calurosamente a Morris con un apretón de manos.)*

EL DUQUE: Encantado de verte, muchacho. Me han dicho que te va muy bien.

MORRIS *(riendo):* Sí, bastante bien, duque. Y mejor aún a Pablo T. Vandam, supongo. Administro las minas del viejo, allá en Arizona.

EL DUQUE *(moviendo sagazmente la cabeza):* Es un hombre muy progresista. Métodos muy progresistas, me han dicho. Bien, me atrevo a decir que hace mucho bien con su dinero. Y no es posible volver a la Inquisición española. *(Hay un silencio durante el cual los tres hombres se miran.)*

MORRIS *(precipitadamente):* ¿Y cómo está Patricia?

EL DUQUE *(vagamente):* Está muy bien. Creo. Está... *(Tiene una pequeña vacilación.)*

MORRIS *(sonriendo):* Bien, pues. ¿Dónde está Patricia? *(Hay una pausa un poco embarazosa y el doctor dice:)*

MÉDICO: Creo que la señorita Carleen está caminando

por ahí. *(Morris va hacia la puerta del jardín y mira afuera.)*

MORRIS: Es una noche terriblemente fría. ¿Mi hermana elige siempre tales noches para tomar aire... y niebla?

MÉDICO *(después de una pausa):* A decir verdad, estoy de acuerdo con usted. Muchas veces me tomé la libertad de aconsejar a su hermana que no salga cuando hace mal tiempo.

EL DUQUE *(expansivo y con movimientos ondulantes de las manos):* ¡El temperamento artístico! ¡Lo que yo siempre llamo temperamento artístico! Wordsworth, usted sabe, y todo eso. *(Silencio.)*

MORRIS *(mirándolo fijamente):* ¿Todo, qué?

EL DUQUE *(continuando el discurso con entusiasmo):* ¡Pues, el temperamento de cada uno! El temperamento de ella es ver hadas; el temperamento mío es no ver hadas. He dado veinte vueltas por el parque y nunca vi un hada. Pues eso es lo que ocurre con ese hechicero o como ella lo llame. Para ella, hay alguien ahí; para nosotros, no hay nadie, ¿se da cuenta?

MORRIS *(adelantándose aguadamente):* ¿Alguien, ahí? ¿Qué quiere decir?

EL DUQUE *(pomposamente):* Bueno; no se le puede llamar un hombre.

MORRIS *(violentamente):* ¡Un hombre!

EL DUQUE: Bueno, como decía el viejo Buffle, ¿qué es un hombre?

MORRIS *(con marcado acento americano):* Con su permiso, duque, suprimamos al viejo Buffle. ¿Quiere usted decir que alguien ha tenido la infame osadía de sugerir que un hombre...?

EL DUQUE: ¡Oh!, un hombre, no; un mago, algo mítico.

SMITH: Alguien que cura míticamente.

MÉDICO *(ásperamente):* Yo curo.

MORRIS: Pero usted no parece mítico, doctor. *(Se muerde el dedo y comienza a dar pasos impacientes por la, habitación.)*

EL DUQUE: Bueno, usted sabe, el temperamento artístico...

MORRIS *(volviéndose de repente):* Vea, duque: en asuntos de comercio somos un país bastante adelantado, pero en asuntos de moral nos alegramos de ser un país bastante atrasado; sin embargo, si usted me

pregunta si es de mi agrado que mi hermana salga a caminar por los montes en una noche como ésta, ¡le diré que no!

EL DUQUE: Temo que ustedes los americanos no estén tan adelantados como yo creía. Pues, como decía el viejo Buffle... *(Mientras habla se oye una voz, cantando en el jardín, que se va acercando cada vez más. Smith se vuelve súbitamente hacia el doctor.)*

SMITH: ¿De quién es esa voz?

MÉDICO: No me incumbe contestar.

MORRIS *(yendo hacia la ventana):* No necesitan preocuparse. Yo sé de quién es. *(Entra Patricia Carlean.)* Patricia, ¿dónde has estado?

PATRICIA *(con algún cansancio):* En el país de las hadas.

MÉDICO *(espontáneamente):* ¿Y dónde queda eso?

PATRICIA: Es algo distinto de otros lugares. O está en ninguna parte o está donde usted está.

MORRIS *(mordazmente):* ¿Tiene habitantes?

PATRICIA; Generalmente, dos. Uno y su sombra. Pero que él sea mi sombra o yo la sombra de él, nunca se sabrá.

MORRIS: ¿Él? ¿Quién?

PATRICIA *(por primera vez parece notar su fastidio y sonríe):* No seas tan convencional, Morris. No es un mortal.

MORRIS: ¿Cómo se llama?

PATRICIA: Allí no usamos nombres. Cuando sabemos el nombre de una persona, ya no la conocemos.

MORRIS: ¿Cómo es?

PATRICIA: Solamente lo he visto al anochecer. Parece cubierto con una larga capa, con un bonete puntiagudo o capuchón, como los de los duendes de los cuentos de mi niñez. A veces, cuando miro por esta ventana, lo veo rondar como una sombra; veo su puntiagudo capuchón, oscuro contra la puesta de sol o contra la luna naciente.

SMITH: ¿De qué habla?

PATRICIA: Me cuenta la verdad; muchas cosas ciertas. Es un mago.

MORRIS: ¿Cómo sabes que es mago? Habrá hecho pruebas contigo.

PATRICIA: Aunque no hiciera pruebas sabría que es un mago; pero una vez se agachó, tomó una piedra y la

arrojó al aire, y la piedra voló hasta el cielo corno un pájaro.

MORRIS: ¿Eso es lo que te hizo creer que es un mago?

PATRICIA: ¡Oh!, no. Cuando lo vi por primera vez estaba dibujando en el suelo círculos y ángulos y hablando el lenguaje de los elfos.

MORRIS *(escéptico):* ¿Conoces tú el lenguaje de los elfos?

PATRICIA: No lo conocía, hasta que lo oí. MORRIS *(bajando el tono de la voz para que lo oiga solamente su hermana, pero perdiendo tan completamente el control, que habla más alto de lo que se proponía):* Mira, Patricia, esto debe tener un límite. Porque te guste leer mediocres poemas sobre las hadas, no estoy dispuesto a dejarte engañar por un maldito adivino o por un vagabundo. Si ese gitano o lo que sea te molesta otra *vez...*

MÉDICO *(poniendo su mano en el hombro de Morris):* Vamos ; debes dar a la poesía un poco más de valor. No solamente de petróleo debemos vivir.

EL DUQUE: Muy cierto, muy cierto. Y siendo irlandesa, céltica, como decía el viejo Buffle... hermosas canciones sobre la muchacha irlandesa que tenía un chal con tartanes... y un elfo. *(Suspira profundamente.)* ¡Pobre viejo Gladstone! *(Silencio, como siempre.)*

SMITH *(se dirige al doctor):* ¿Usted no consideraba mala para la salud la superstición de la familia?

MÉDICO: Para la salud considero que es mejor una superstición de familia que una disputa de familia. *(Camina casualmente hacia donde está Patricia.)* Bueno, debe ser hermoso ser joven y ver aún todas esas estrellas y puestas de sol. Nosotros, los viejos, no seremos muy estriclos con usted si, cómo diríamos, su punto de vista a veces se confunde un poco. Si las estrellas por error se pierden en la hierba, si una y otra vez el sol se oculta en el Este, solamente diremos: "Sueña tanto como gustes, sueña por toda la humanidad, sueña por nosotros que ya no soñamos. Pero no olvides del todo la diferencia".

PATRICIA: ¿Qué diferencia?

MÉDICO: La diferencia entre las cosas que son bellas y las cosas que están allí. Ese farol rojo que está sobre mi puerta no es hermoso, pero está allí. Y tú llegarás a alegrarte cíe que esté allí cuando las estrellas de oro y

plata se hayan desvanecido. Soy ahora un hombre viejo y algunos hombres aún se alegran de hallar mi estrella roja, pero no digo que sean los hombres más sabios.

PATRICIA *(algo impresionada):* Sí, yo sé que usted es bueno para todos; pero ¿no cree que habrá estrellas aéreas y espirituales que durarán más tiempo que las lámparas rojas?

SMITH *(con decisión):* Sí. pero son estrellas fijas.

MÉDICO: La luz roja durará tanto como yo.

EL DUQUE: Magnífico, magnífico. Es igual que Tennyson. *(Silencio.)* Recuerdo que cuando yo era estu... *(La luz roja desaparece. Al principio nadie lo nota salvo Patricia que señala con emoción.)*

MORRIS: ¿Qué ocurre?

PATRICIA: La estrella roja ha desaparecido.

MORRIS: ¡Qué aburdo! *(Se precipita afuera por la puerta del jardín.)* Será alguien que está parado delante de la luz. Diga, duque, hay alguien en el jardín.

PATRICIA *(tranquilamente):* Yo te dije que él andaba por el jardín.

MORRIS: Si llega a ser ese adivino tuyo... *(Desaparece en el jardín, seguido por el doctor.)*

EL DUQUE *(con asombro);* ¡Alguien en el jardín! Realmente estas marcas... *(Silencio. Morris reaparece, casi sin aliento.)*

MORRIS: Un tipo vivo, tu amigo. Se me deslizó de las manos como una sombra.

PATRICIA: Yo te dije que era una sombra.

MORRIS: Bueno, sospecho que esto va a ser una cacería de sombras. ¿Tiene linterna, duque?

PATRICIA: Oh, no te molestes. Vendrá si yo lo llamo. *(Sale al jardín y entona una canción cujas palabras no llegan a entenderse; algo parecido a la canción que precedió su entrada. Reaparece la luz roja. Hay un leve ruido como de hojas caídas pisoteadas por alguien que se va acercando. Aparece el encapuchado desconocido, con el gorro puntiagudo, en el fondo de la puerta que da al jardín.)* Tienes las puertas abiertas. *(El encapuchado entra.)*

MORRIS *(cerrando las puertas detrás de él):* Vea, brujo, ahora lo hemos atrapado, y sabemos que usted es un impostor.

SMITH *(tranquilamente):* Perdóneme, todavía no sabemos nada. Por mi parte debo confesar que yo también comparto algo del agnosticismo del doctor.
MORRIS *(dándose vuelta, excitado y casi gruñendo):* Yo no sabía que ustedes los pastores defendiesen más fábulas que las suyas.
SMITH: Yo defiendo las cosas a que todo hombre tiene derecho. Tal vez la única cosa a que todo hombre tiene derecho.
MORRIS: ¿Y cuál es?
SMITH: El beneficio de la duda. Aun su amo, el millonario del petróleo, tiene derecho a ello. Y él lo necesita más que nadie.
MORRIS: Yo no creo, ministro, que haya mucho que dudar. Bastante a menudo me he encontrado con tipos de esta clase, con tipos que sonsacan dinero a las muchachas con el pretexto de que pueden hacer desaparecer las piedras.
MÉDICO *(al desconocido):* ¿Usted dice que puede hacer desaparecer las piedras?
DESCONOCIDO: Sí, puedo hacer desaparecer las piedras.
MORRIS *(ásperamente):* Sospecho que usted es de esa clase de villanos que saben cómo hacer para que un reloj y una cadena desaparezcan.
DESCONOCIDO: Sí; yo sé cómo hacer para que un reloj y una cadena desaparezcan.
MORRIS: ¿E imagino que debe ser muy listo para desaparecer usted mismo?
DESCONOCIDO: Alguna vez lo hice.
MORRIS *(con desdén):* ¿Va a desaparecer ahora?
DESCONOCIDO *(después de reflexionar):* No; creo que voy a aparecer, en cambio. *(Arroja hacia atrás su capucha, mostrando un rostro intelectual, joven, pero cansado. Se saca también la capa y la arroja hacia un costado, apareciendo con un moderno traje de etiqueta. Se adelanta por la escena hacia el duque mirando el reloj.)* Buenas tardes, Su Gracia. Temo que sea demasiado temprano para la función, pero este caballero *(señala a Morris)* parecía impaciente porque empezara.
DUQUE *(perplejo):* Oh, buenas noches. ¿Cómo, usted es el...?
DESCONOCIDO *(inclinándose):* Sí, soy el

prestidigitador. *(Todos ríen, salvo Patricia. Mientras los otros conversan, el desconocido se acerca a ella. Le dice muy tristemente:)* Siento mucho no ser un mago.

PATRICIA: Hubiera preferido que fuera un ladrón.

DESCONOCIDO: ¿He cometido un crimen peor que el de robar?

PATRICIA: Me parece que ha cometido el más cruel de los crímenes.

DESCONOCIDO: ¿Y cuál es el más cruel de los crímenes?

PATRICIA: Robar el juguete de un niño.

DESCONOCIDO: ¿Y qué he robado yo?

PATRICIA: Un cuento de hadas.

ACTO SEGUNDO

*La misma habitación, una hora más tarde, iluminada profusamente. A un lado, una mesa cubierta con mazos de cartas, pirámides, etcétera. El prestidigitador, con traje de etiqueta, está de pie, preparando tranquilamente sus trucos. En primer plano, el Duque y Hastings, con* varios *papeles.*

HASTINGS: ¿Quiere que los lleve yo?
DUQUE: No, no. No me olvidaré, no me olvidaré. No sabe hasta qué punto soy un hombre práctico. Debemos serlo, usted lo sabe. *(Vagamente.)* Yo sé que usted tiene algo de socialista, pero le aseguro que hay bastante que hacer... inversiones en el campo, y todo eso. Piense además en el problema de recordar las caras. El rey nunca olvida una cara. *(Agitando los programas.)* Yo nunca olvido una cara. *(Advierte la presencia dfl prestidigitador y afablemente lo hace participar en el diálogo.)* Pues, el profesor, aquí presente, que actúa ante el rey *(deja los programas),* lo dicen los carteles del circo, usted sabe... actúa ante el rey casi todas las noches, imagino...
PRESTIDIGITADOR *(sonriendo):* A veces permito a Su Majestad una tarde de asueto, y entonces vuelvo mi atención a la más alta nobleza. Pero, naturalmente, he actuado ante todos los soberanos, blancos y negros. No hubo prestidigitador que no lo hiciera.
DUQUE: ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¿Pero convendrá conmigo en que la verdadera misión de un rey es recordar a la gente?
PRESTIDIGITADOR: Yo diría recordar a qué gente debe recordar.
DUQUE : Bueno, bueno; ahora... *(Mira febrilmente a su alrededor en Lusca de algo.)* Siendo realmente un hombre práctico...
HASTINGS: ¿Quiere que lleve yo los programas?
DUQUE *(tomándolos):* No, no. No me olvidaré. ¿Hay algo más ?
HASTINGS: Debo ir al pueblo para telegrafiar a Stratford. Lo único urgente que resta son los vegetarianos militantes.
DUQUE: ¡Oh, los vegetarianos militantes! Estoy seguro que oyó hablar de ellos. *(Al prestidigitador.)*

No obedecerán la ley mientras el gobierno distribuya carne.

PRESTIDIGITADOR: Pueden consolarse. Hay bastante gente que no puede conseguir mucha carne.

DUQUE: Bueno, bueno; debo admitir que son muy entusiastas. Progresistas, también; sí, ciertamente progresistas. Como Juana de Arco. *(Hay un breve silencio durante el cual el prestidigitador lo mira con asombro.)*

PRESTIDIGITADOR: ¿Era vegetariana Juana de Arco?

DUQUE: Oh, bueno. Después de todo, es un ideal bastante elevado. Lo sagrado de la vida, usted sabe; lo sagrado de la vida. *(Sacude la cabeza.)* Pero lo llevan demasiado lejos. En Kent mataron a un policía.

PRESTIDIGITADOR: ¿Mataron a un policía? ¡Qué vegetarianos! Siempre que no lo hayan comido, quiero decir.

HASTINGS: Solamente piden pequeñas suscripciones. En realidad, prefieren reunir muchas medias coronas para demostrar la popularidad del movimiento. Pero debo advertir...

DUQUE: Déles tres chelines, entonces.

HASTINGS: Si puedo sugerir...

DUQUE: Acabemos. Dimos tres chelines a los antivegetarianos; así que está muy bien.

HASTINGS: Si puedo sugerir algo, creo que Su Gracia hará muy bien en no dar nada en este caso. Los antivegetarianos ya han usado el dinero entregado para formar un bando, que proteja nuestras reuniones, y si los vegetarianos usan el de ellos para disolver esas reuniones... bueno, parecerá muy extraño que hayamos pagado matones para los dos bandos. Será difícil explicar esto cuando estemos ante el juez.

DUQUE: Pero yo seré el juez. *(Otra vez el prestidigitador lo mira con asombro.)* Este es el sistema, mi querido Hastings; ésta es la ventaja del sistema. No es un sistema lógico —no hay en él nada de Rousseau—, pero ¡vea qué bien funciona! Seré el mejor juez que pueda haber en el Tribunal. Los otros serán parciales, usted sabe. El viejo Lawrence es vegetariano y se mostraría duro con los matones antivegetarianos; y, con toda seguridad, el coronel Crashaw se mostraría duro con los matones vegetarianos. Pero si yo he pagado a ambos, no podré

mostrarme duro con ninguno de los dos. Y ahí tiene, la perfecta imparcialidad.

HASTINGS *(conteniéndose):* ¿Debo llevar los programas, Su Gracia ?

DUQUE *(enérgicamente):* No, no. No lo olvidaré. *(Sale Hastings.)* Bueno, profesor, ¿cuáles son las noticias del mundo de la prestidigitación?

PRESTIDIGITADOR: Temo que nunca haya noticias en el mundo de la prestidigitación.

DUQUE: ¿No tienen un diario o algo así? Hoy en día todo el mundo tiene un diario, usted sabe. El diario "El Tragador de Espadas" o una cosa de esas.

PRESTIDIGITADOR: No; yo mismo he sido un periodista; pero creo que el periodismo y la prestidigitación serán siempre incompatiles.

DUQUE: Incompatibles... Ahí es donde soy más amplio y comprensivo. Leyes más amplias, como decía el viejo Buffle. Nada es incompatible, usted sabe. Excepto marido y mujer, etc. Usted debe consultar con Morris. Es prodigioso el modo como ha progresado la incompatibilidad en los Estados Unidos.

PRESTIDIGITADOR: Solamente quise decir que ambos oficios se apoyan en principios opuestos. Lo fundamental para ser un prestidigitador consiste en no explicar una cosa que ha ocurrido.

DUQUE: Bueno, ¿y para el periodista?

PRESTIDIGITADOR: Bueno; lo fundamental para un periodista es explicar una cosa que no ha ocurrido.

DUQUE: Pero ustedes querrán discutir en alguna parte las pruebas nuevas.

PRESTIDIGITADOR: No hay pruebas nuevas, y si las hubiera no querríamos discutirlas.

DUQUE: Temo que ustedes realmente no son progresistas. ¿Les interesa el progreso moderno?

PRESTIDIGITADOR: Sí; nos interesan todas las pruebas hechas por ilusión.

DUQUE: Bueno, bueno. Voy a ver cómo está Morris. Será un placer verlo más tarde. *(Sale, olvidando los programas.)*

PRESTIDIGITADOR: ¿Por qué los hombres agradables serán tan tontos? *(Se vuelve para arreglar la mesa.)* Todo está en orden: el mazo de cartas que es un mazo de cartas, y el mazo de cartas que no es un mazo de cartas. El sombrero que pare-rece un sombrero de

caballero, pero que en realidad no es un sombrero de caballero; apenas mi sombrero, y yo no soy un caballero; yo soy solamente un prestidigitador y éste es solamente el sombrero de un prestidigitador. No podría saludar con este sombrero a una dama. Podría sacar de él conejos, peces de colores, serpientes; pero no podría sacar de él mi cabeza. Sospecho que soy menos que un conejo o una serpiente. De cualquier manera, ellos pueden salir del sombrero de un prestidigitador, y yo no puedo. Soy un prestidigitador y nada más que un prestidigitador. A menos que pueda demostrar que soy algo más, y eso sería peor. *(Comienza a extender las cartas más bien desordenadamente sobre la niesp. Entra Patricia.)*

PATRICIA *(con frialdad):* Disculpe. Vine a buscar los programas para mi tío. *(Cruza rápidamente la escena y toma los programas.)*

PRESTIDIGITADOR *(aún extendiendo las cartas sobre la mesa):* Señorita Carleen, ¿puedo hablarle un momento? *(Se pone las manos en los bolsillos y mira fijamente la mesa. Su, cara asume una expresión sardónica.)* La pregunta es puramente práctica.

PATRICIA *(deteniéndose en la puerta):* No puedo imaginarme qué pregunta será.

PRESTIDIGITADOR: Yo soy la pregunta.

PATRICIA: ¿Y yo qué tengo que ver con eso?

PRESTIDIGITADOR: Todo tiene usted que ver con ello. Yo soy la pregunta, usted...

PATRICIA *(irritada):* Bueno, ¿yo qué soy?

PRESTIDIGITADOR: Usted es la respuesta.

PATRICIA: ¿La respuesta a qué?

PRESTIDIGITADOR *(da una vuelta por la mesa y se sienta contra ella):* La respuesta a mí. Usted cree que soy un mentiroso porque he paseado con usted por el campo y porque le he dicho que podía hacer desaparecer las piedras. Bueno, puedo hacer eso: soy un prestidigitador. Mirando bien, no era una mentira. Pero si hubiera sido una mentira, la hubiera dicho lo mismo. Hubiera dicho veinte mentiras como ésa. Usted puede o no puede saber por qué.

PATRICIA; Nada sé de esas mentiras. *(Coloca su mano en la manija de la puerta, pero el prestidigitador, que está sentado sobre la mesa mirando fijamente sus zapatos, no se da cuenta de este ademán y prosigue*

*como en un sincero soliloquio.)*

PRESTIDIGITADOR: Yo no sé si usted tiene una idea de lo que significa para un hombre como yo conversar con una dama como usted, aun con un pretexto falso. Yo soy un aventurero. Soy un villano, si es que uno merece ese título por haber estado en todas las villanas sociedades del mundo. Todo lo he resuelto por mí mismo, cuando era un vagabundo en Fleet Street. Antes de conocerla a usted nunca imaginé que la gente adinerada pensase alguna vez. Bueno, esto es todo lo que tengo que decir. Hemos conversado bastante, ¿verdad? Soy un mentiroso, pero le he dicho gran parte de la verdad. *(Se vuelve y reanuda el arreglo de la mesa.)*

PATRICIA *(pensando):* Sí, usted me dijo gran parte de la verdad. Me dijo cientos y miles de verdades, pero nunca me dijo la verdad que uno desea oír.

PRESTIDIGITADOR: ¿Y cuál es?

PATRICIA *(volviendo a la escena):* Nunca me dijo la verdad sobre usted mismo; nunca me dijo que solamente era el prestidigitador.

PRESTIDIGITADOR: No se lo dije porque aún no lo sé. No sé si solamente soy el prestidigitador...

PATRICIA: ¿Qué quiere decir?

PRESTIDIGITADOR: A veces temo ser algo peor que un prestidigitador.

PATRICIA *(seriamente):* No creo que haya nada peor que un prestidigitador que no se llame él mismo prestidigitador.

PRESTIDIGITADOR *(sombríamente):* Hay algo peor. *(Mofándose de sí mismo.)* Pero no es esto lo que quiero decir. ¿Le parece realmente imperdonable que no se lo haya dicho? Vamos, permítame presentarle un caso. Poco importa que sea nuestro caso. Un hombre se pasa la vida yendo de coches de tercera clase a albergues de quinta categoría. Debe inventar nuevas pruebas, nueva jerga, nuevas tonteras, a veces, cada noche de su vida. La mayoría de las veces debe hacerlas en las detestables y sombrías ciudades del centro o del norte, donde no puede salir al campo. De vez en cuando las hace en la casa-quinta de algún caballero donde puede salir al campo. Bueno, usted sabe que los actores, los oradores y mucha otra gente gustan ensayar al aire libre, si pueden. *(Sonríe.)* Usted

conoce esa historia del gran estadista a quien su jardinero oyó decir, mientras paseaba por el jardín: "Si hubiera recibido la más pequeña insinuación, Señor Presidente, de que esta tarde tendría que hablar..." *(Patricia reprime una sonrisa, y él prosigue con irresistible entusiasmo.)* Bueno, ocurre lo mismo con los prestidigitadores. Lleva cierto tiempo preparar una improvisación. A este hombre le gusta caminar por los bosques y por los campos, ensayando sus pruebas y hablando toda suerte de jerigonzas porque imagina que está solo. Una tarde, este hombre descubre que no está solo y una niña lo está observando.

PATRICIA: ¿Una niña?

PRESTIDIGITADOR: Sí. Ésa fue su primera impresión. Él es un intime amigo mío. Lo conozco de toda la vida. Me dice que ha descubierto que ya no es una niña. Ella no corresponde a la definición.

PATRICIA: ¿Cuál es la definición de una niña?

PRESTIDIGITADOR: Alguien con quien se puede jugar.

PATRICIA *(repentinamente):* ¿Por qué llevaba usted esa capa con el capuchón?

PRESTIDIGITADOR *(sonriendo):* Creo que usted no advirtió que estaba lloviendo.

PATRICIA *(sonriendo vagamente):* ¿Y qué hizo ese amigo suyo?

PRESTIDIGITADOR: Usted ya me ha dicho lo que hizo: destruyó un cuento de hadas; porque creó un cuento de hadas que él mismo estaba destinado a destruir. *(Dándose vuelta de repente sobre la mesa.)* Pero ¿condena usted a un hombre, señorita Carleen, porque se ha entregado al único cuento de hadas que ha tenido en su vida? Supóngase que haya dicho que los necios círculos que como práctica estaba dibujando eran realmente círculos mágicos. Supóngase que haya dicho que los disparates que estaba diciendo eran el lenguaje de los elfos. Recuerde: él ha leído tanto como usted cuentos de hadas. Los cuentos de hadas son las únicas instituciones democráticas. Todas las clases sociales han oído cuentos de hadas. ¿Lo censura usted mucho si él, también, ha tratado de pasar unas vacaciones en el país de las hadas?

PATRICIA *(sencillamente):* Lo censuro menos que antes. Pero aún digo que no puede haber nada peor que

la falsa magia; y, después de todo, fue él quien trajo la falsa magia.

PRESTIDIGITADOR *(levantándose):* Sí. Fue ella quien trajo la verdadera magia. *(Entra Morris, con traje de etiqueta. Se dirige directamente hacia la mesa; levanta un objeto tras otro, volviéndolos a su sitio con un comentario.)*

MORRIS : Conozco esta prueba. Conozco ésta. Conozco ésta. Veamos; éste es el fondo falso, creo. Esto se hace con un alambre. Conozco ésta: sube por la manga. Éste es el fondo falso, otra vez. Éste es el mazo de cartas sustituido, etc....

PATRICIA: Realmente, Morris, no debes hablar como si todo lo supieras.

PRESTIDIGITADOR: Poco me importa que alguien sepa todo, señorita Carleon. Hay algo mucho más importante que saber cómo está hecha una cosa.

MORRIS: ¿Y qué es?

PRESTIDIGITADOR: Es saber cómo hacerla.

MORRIS *(volviendo, por la ira, a su tono nasal):* Con que es así, ¿eh? Haciéndose el altivo prestidigitador porque ya no puede andarse más por las ramas como un duende.

PATRICIA *(cruzando la escena y hablando seriamente a su hermano):* Realmente, Morris, eres muy grosero. Y es ridículo ser grosero. Este caballero solamente ensayaba unas pruebas en el jardín. *(Con cierta dignidad.)* Si hubo un error, fue mío. Vamos, dense las manos, o hagan lo que hacen los hombres cuando se disculpan. No seas necio. No te va a convertir en una pecera.

MORRIS *(de mala gana):* Bueno, tal vez tengas razón. Choque esos cinco. *(Se dan la mano.)* De todas maneras, no va a convertirme en una pecera con peces de colores, profesor. Tengo entendido que cuando ustedes presentan una pecera, generalmente son tiras de zanahoria. ¿No es así, profesor?

PRESTIDIGITADOR *(sarcásticamente):* Sí. *(De un bolsillo trasero saca una- pecera^* y *la pasa por las narices del otro.)* Juzgue por usted mismo.

MORRIS *(con enorme exaltación):* ¡ Muy bien, muy bien! Pero yo sé cómo se hace esto. Yo sé cómo se hace esto. Usted tiene una pecera de goma, sabe, o una tapa. PRESTID.: Sí. *(Se vuelve melancólicamente a su*

*mesa y se sienta, sobre ella; levanta un mazo de cartas y las balancea.)*

MORRIS: La mayor parte de los misterios resultan tolerablemente simples si se conoce el mecanismo. *(Entran el doctor y Smith conversando gravemente, pero bajando la voz a medida que se acercan al grupo.)* Creo que me gustaría si conociéramos todos los viejos mecanismos de todos los viejos sacerdotes y profetas, desde el comienzo del mundo. Creo que la mayoría de los antiguos milagros y cosas por el estilo eran cuestión de paneles y alambres.

PRESTIDIGITADOR: No lo comprendo. ¿Qué viejos mecanismos son los que usted tanto quiere?

MORRIS *(estallando con todo el frenesí de un librepensador):* Pues, señor, sólo quiero ese viejo mecanismo que convirtió las cuerdas en serpientes. Quiero, señor, aquellos inteligentes sistemas que hicieron surgir agua de una roca cuando el viejo Moisés decidió golpearla. Creo que es una lástima que hayamos perdido esa técnica. Me gustaría tener aquí todos esos viejos prestidigitadores que se hacían llamar Patriarcas y Profetas en su preciosa Biblia...

PATRICIA: Morris, no debes hablar así.

MORRIS: Bueno, yo no creo en la religión...

MÉDICO *(aparte):* Cállese, cállese. Solamente las mujeres creen en la religión.

PATRICIA *(con humorismo):* Creo que esta es una oportunidad apropiada para mostrar a ustedes una antigua prueba de prestidigitador!.

MÉDICO: ¿Cuál es?

PATRICIA: ¡La dama que desaparece! *(Sale Patricia.)*

SMITH: Hay una parte de la antigua técnica que lamento especialmente que se haya perdido.

MORRIS *(aún excitado):* ¿Cuál?

SMITH: La técnica para escribir el Libro de Job.

MORRIS: Bueno, bueno; no conocían todo en aquellos viejos tiempos.

SMITH: No; y en aquellos viejos tiempos sabían que no conocían todo. *(Soñadoramente.)* ¿Dónde podrá hallarse la sabiduría y cuál será el lugar del entendimiento?

PRESTIDIGITADOR: En alguna parte de América, supongo.

SMITH *(aún soñadoramente):* "No conoce su valor el

hombre, ni se halla en la tierra de los vivientes. El abismo dice: no está en mí; y la mar dijo: ni conmigo. El infierno y la muerte dijeron: su fama hemos oído con nuestros oídos. Dios entiende el camino de ella, y Él conoce Su lugar. Porque Él mira hasta los confines de la tierra, y ve debajo de todo el cielo. Y dijo al hombre: he aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal la inteligencia." *(Se vuelve repentinamente hacia el doctor.)* ¿Qué le parece esto para el agnosticismo, doctor Grimthorpe? Qué pena que esa técnica se haya perdido.

MORRIS: Bueno, ríanse cuanto quieran. Pero yo digo que aquí el prestidigitador podría ser el más grande hombre del más grande y bienaventurado siglo si pudiera mostrarnos, ahora, cómo fueron hechas las antiguas pruebas sagradas. Hay que admitir en favor del viejo Moisés que se adelantó a su tiempo. Cuando hizo los viejos trucos, eran trucos nuevos. Dominó al público. Pudo hacer sus trucos ante hombres adultos, ante grandes luchadores barbudos que podían ganar batallas y cantar salmos. Pero esta moderna prestidigitación está completamente pasada de moda; sólo sirve para colegiales. No hay truco en esa mesa que yo no conozca. El negocio íntegro está completamente muerto. Si hasta sacó *(señala al prestidigitador),* hace un rato, una pecera con peces de color, un viejo truco que cualquiera podría hacer.

PRESTIDIGITADOR: Estoy completamente de acuerdo. La técnica es perfectamente simple. Y, de paso, déjeme ver esos peces de colores suyos, ¿quiere?

MORRIS *(colérico):* Yo no soy un cómico asalariado venido aquí para hacer prestidigiíación. No estoy aquí para hacer trucos gastados. Estoy aquí para no dejarme embaucar. Digo que es un viejo truco y...

PRESTIDIGITADOR: Es cierto. Pero, como usted dijo, nunca los hacemos sino a los colegiales.

MORRIS: ¿Y puedo preguntarle, profesor Birlibirloque o como se llame, a quién llama usted un colegial?

PRESTIDIGITADOR: Le pido disculpas. Su hermana le dirá que a veces me equivoco respecto a los niños.

MORRIS: Le prohibo apelar a mi hermana.

PRESTIDIGITADOR: Eso es exactamente lo que hubiera dicho un colegial.

MORRIS *(con brusca y peligrosa calma):* No soy un

colegial, profesor. Soy un tranquilo hombre de negocios. Pero le digo que en el país de donde vengo, la mano de un tranquilo hombre de negocios va al bolsillo de la cintura ante un insulto como éste.

PRESTIDIGITADOR *(coléricamente):* ¡Llévela a su bolsillo! Yo creí que la mano de un tranquilo hombre de negocios iba generalmente al bolsillo ajeno.

MORRIS: Usted... *(Lleva su mano a la cintura. El doctor pone una mano sobre el hombro de Morris.)*

MÉDICO: Caballeros; creo que ambos están olvidándose de sí mismos.

PRESTIDIGITADOR: Quizás. *(Repentinamente el tono de su voz se vuelve cansado.)* Pido disculpas por lo que he dicho. Ciertamente el joven no merece tanto. *(Suspira.)* A veces quisiera olvidarme de mí mismo.

MORRIS *(malhumorado, después de una, pausa):* Bueno, la función está desarrollándose y ustedes, los ingleses, no quieren una escena. Calculo que yo también deberé envainar la vieja hacha.

MÉDICO *(con cierta dignidad):* Señor Carleon, usted perdonará a un anciano, que conoció muy bien a su padre, que ponga en duda si es que se hace usted justicia al tratarse corno un indio americano, simplemente porque ha vivido en América. En el tiempo de mi viejo amigo Huxley, nosotros, los de la clase media, no creíamos en razones y demás cosas, pero si creíamos en los buenos modales. Es una lástima que la aristocracia no crea. No me gusta oírle decir que es un salvaje y que ha envainado el hacha. Más bien rué gustaría oirle decir, como hubieran dicho sus antepasados irlandeses, que ha envainado su espada con la dignidad propia de un caballero.

MORRIS: Muy bien. He envainado mi espada con la dignidad propia de un caballero.

PRESTIDIGITADOR: Y yo he envainado mi espada con la dignidad propia de un prestidigitador.

MORRIS: ¿Cómo envaina un prestidigitador su espada?

PRESTIDIGITADOR: Tragándosela.

MÉDICO: Entonces estamos todos de acuerdo en que no habrá más pelea.

SMITH: ¿Me permiten una palabra? No me gustan las peleas por una razón que está más allá del respeto a mi investidura.

MORRIS: ¿Y cuál es?

SMITH: Me opongo a las peleas porque siempre interrumpen una discusión. ¿Puedo devolverlos, por un instante, a la discusión? Usted decía que estas modernas pruebas de prestidigitación son simplemente los antiguos milagros, una vez que han sido descubiertos; pero, indudablemente, otro punto de vista es posible: cuando hablamos de las cosas que son ficticias, generalmente queremos decir que son imitaciones de las cosas genuinas. Fíjese, por ejemplo, en ese Reynolds, del bisabuelo del duque. *(Señala un cuadro de la pared.)* Si el duque fuera a decir que es una copia...

MORRIS: Bien; el duque es muy amable; pero confío en que usted encuentre lo que llama la interrupción de una discusión.

SMITH: Bueno, suponga que haya dicho eso; usted no va a pensar que significa que Sir Joshua Reynolds nunca existió. ¿Por qué nos probarían los milagros ficticios que los santos y profetas nunca existieron? Puede haber magia ficticia y también magia verdadera. *(El prestidigitador levanta la cabeza y escucha con aire extraño e intenso.)* Puede haber fantasmas de zanahorias precisamente porque hay fantasmas reales. Puede haber hadas de utilería precisamente porque hay hadas reales. No se suprime el Banco de Inglaterra mostrando un falso billete de banco.

MORRIS : Espero que el profesor se complazca en ser llamado un falso billete de banco.

PRESTIDIGITADOR: Casi tanto como ser llamado el Prospecto de alguna Compañía americana.

MÉDICO: ¡Caballeros! ¡Caballeros!

PRESTIDIGITADOR: Perdonen.

MORRIS: Bien. Veamos primero la discusión; después tendremos la pelea. Limpiaré esta casa de algunos estorbos. Mire, señor Smith, no tengo nada contra su idea del milagro verdadero. Afirmo, y la Ciencia afirma, que hay una causa para todo. La Ciencia descubrirá esa causa y, tarde o temprano, su viejo milagro parecerá sumamente insignificante. Tarde o temprano, la Ciencia herborizará un poco sus fantasmas de zanahorias, y a ustedes mismos los volverá zanahorias por haber tomado alguna. Digo...

MÉDICO *(a Smith, en voz baja):* No me gusta nada esta tranquila discusión suya. El muchacho está

acalorándose demasiado.

MORRIS: Usted dijo que el viejo Reynolds existió y la Ciencia no dice eso. *(Se vuelve, exaltado, hacia el cuadro.)* Pero sospecho que ahora está muerto, y usted no conseguirá despertar de entre los muertos a sus santos y profetas como no conseguirá hacer bailar, en esa pared, al bisabuelo del duque. *(El cuadro empieza a mecerse levemente hacia uno y otro lado de la pared.)*

MÉDICO: ¡Oh, el cuadro está moviéndose!

MORRIS *(volviéndose furiosamente hacia el prestigiador):* Usted estaba en el cuarto antes que nosotros. ¿Creyó que nos engañaría? Puede hacer todo esto con alambres.

PRESTIDIGITADOR *(inmóvil y sin levantar la vista de la mesa):* Sí, podría hacer todo esto con alambres.

MORRIS: Y creyó que yo no lo descubriría. *(Ríe, con risa fanfarrona.)* Así es como hacen todos sus trucos los cochinos espiritistas. Dicen que pueden hacer mover los muebles por sus propios medios. Si se mueven, ellos los movieron, y nosotros nos proponemos saber cómo. *(Cae una silla con leve estrépito. Morris casi tambalea y, por un instante, pierde el aliento y las palabras.)*

MORRIS: Usted... pues... que... todos saben que... una tabla floja. Se puede hacer con una tabla floja.

PRESTIDIGITADOR *(sin levantar la vista):* Sí, se puede hacer con una tabla floja. *(El doctor se acerca más a Morris, quien mira a su alrededor y le habla impetuosamente.)*

MORRIS: Usted tenía razón en ese punto, doctor, cuando hablaba de su farol rojo. Ese farol rojo es la luz de la Ciencia que eliminará todas las linternas de sus fantasmas de zanahorias. Es un fuego que consume, doctor, pero es la luz roja de la mañana. *(Señala la luz roja con exaltado entusiasmo.)* Sus sacerdotes no podrán cambiar el color ni el resplandor de esa luz, ni impedir que brille, como no pudo Josué detener el sol y la luna. *(Ríe salvajemente.)* Pues un mago auténtico, con una capa de elfo, se aventuró hace una o dos horas, muy cerca de la lámpara, y se convirtió en un vulgar payaso de sociedad, con corbata blanca. *(La luz del fondo del jardín se vuelve azul. Todos la miran en silencio. Rompiendo el silencio con*

*un altisonante e innatural tono de voz):* ¡Espere un poco! ¡Espere un poco! ¡Ya lo atrapé! ¡ Ya lo atrapé!... *(Salvajemente da unos pasos por la escena, mordiéndose un dedo.)* Puso un alambre... no; eso no puede ser...

MÉDICO *(apaciguándolo):* Bueno, bueno. Justamente ahora no es necesario investigar...

MORRIS *(volviéndose furiosamente al doctor):* ¡Usted se titula un hombre de ciencia y me dice que no investigue!

SMITH: Solamente queremos decir que por ahora lo deje así.

MORRIS *(violentamente):* No, sacerdote, no lo dejaré así. *(Vuelve a dar otros pasos por la escena.)* ¿Podría hacerse con espejos? *(Se toma la cara entre las manos.)* Usted tiene un espejo... *(Da un grito.)* ¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! ¡Con un juego de luces! ¿Por qué no? Si se pone una luz verde sobre una luz roja... *(Calla.)*

SMITH *(al doctor, tranquilamente):* No se vuelve azul.

MÉDICO *(se acerca al prestidigitador):* Si usted ha hecho esta prueba, deshágala por el amor de Dios. *(Después de un silencio, la luz vuelve a ser roja otra vez.)*

MORRIS *(se precipita hacia los vidrios de la puerta: y los examina):* ¡Son los vidrios! ¡Estuvo haciendo algo con los vidrios! *(Súbitamente calla, y hay un largo silencio.)*

PRESTIDIGITADOR *(sin moverse):* No creo que encuentre nada anormal en los vidrios.

MORRIS *(rompiendo estrepitosamente los vidrios de la puerta):* Entonces descubriré lo que hay de anormal en el farol. *(Desaparece en el jardín.)*

MÉDICO: Temo que aún esté lloviendo.

SMITH: Sí; y alguien más debe andar por el jardín, ahora. *(A través de los vidrios rotos se ve a Morris yendo y viniendo con pasos cada vez más veloces.)* Espero que esta vez la penumbra céltica no le afectará el pecho.

MÉDICO: ¡Oh, si solamente fuera el pecho! *(Entra Patricia.)*

PATRICIA: ¿Dónde está mi hermano? *(Hay un desconcertado silencio. Luego el prestidigitador contesta.)*

PRESTIDIGITADOR: Temo que esté paseando por el país de las hadas.
PATRICIA: ¡Pero no debe salir en una noche como ésta; es muy peligroso!
PRESTIDIGITADOR: Sí, es muy peligroso: puede encontrar un hada.
PATRICIA: ¿Qué quiere decir?
PRESTIDIGITADOR: Usted salió con esta clase de tiempo y se encontró con esta clase de hadas, y, hasta ahora, no le ha traído más que pesares.
PATRICIA: Voy a buscar a mi hermano. *(Sale por la puerta que da al jardín.)*
SMITH *(súbitamente, después de un silencio):* ¿Qué ruido es ése? ¿No le estará cantando esas canciones a él, verdad?
PRESTIDIGITADOR: No. Él no entiende el lenguaje de los elfos.
SMITH: ¿Pero qué son todos esos gritos y ruidos que se dyen?
PRESTIDIGITADOR: Los ruidos normales, creo, de un tranquilo hombre de negocios.
MÉDICO: Señor, comprendo que se sienta amargado, pues admito que ha tenido un recibimiento descortés, pero que hable así, justo ahora... *(Reaparece Patricia, muy pálida, por la puerta del jardín.)*
PATRICIA: ¿Puedo hablar con el doctor?
MÉDICO: Ciertamente, mi estimada señorita. ¿Debo ir a buscar al duque?
PATRICIA: Preferiría al doctor.
SMITH: ¿Puedo servir en algo?
PATRICIA: Solamente quiero al doctor. *(Vuelve a salir, seguida por el doctor. Los otros se miran, entre ellos.)*
SMITH *(tranquilamente)*; Esta última prueba suya fue asombrosa.
PRESTIDIGITADOR: Gracias. Supongo que quiere decir que es la única que no pudo explicarse.
SMITH: En cierto modo, sí, lo confieso. Su última prueba fue la mejor prueba que jamás he visto. Es tan buena que desearía que no la hubiera hecho usted.
PRESTIDIGITADOR: Y yo también.
SMITH: ¿Qué quiere decir? ¿Desea usted no haber sido nunca prestidigitador?
PRESTIDIGITADOR: Desearía no haber nacido nunca. *(Sale. Un silencio. Entra el doctor, muy grave.)*

MÉDICO: Hasta ahora está bien. Lo hemos traído de vuelta.

SMITH *(acercándose al doctor):* Usted me dijo que la muchacha tenía trastornos mentales.

MÉDICO *(mirándolo con firmeza):* No. Yo le he dicho que en la familia había trastornos mentales.

SMITH *(después de un silencio):* ¿ Dónde está el señor Morris Carleon?

MÉDICO: Lo he hecho poner en cama, en la habitación contigua. Su hermana lo está cuidando.

SMITH: ¡Su hermana! ¿Entonces usted cree en las hadas?

MÉDICO: ¿Creer en las hadas? ¿Qué quiere decir?

SMITH: Por lo menos usted confió a la persona que cree en ellas el cuidado de la persona que no cree.

MÉDICO: Sí, supongo que así lo hice.

SMITH: ¿No cree usted que ella lo mantendrá despierto toda la noche con cuentos de hadas?

MÉDICO: Ciertamente que no.

SMITH: ¿No cree usted que ella arrojará por la ventana la botella del remedio y le administrará... este... una gota de rocío, o una cosa de esas? ¿O un trébol de cuatro hojas?

MÉDICO: No; por supuesto que no.

SMITH: Se lo pregunto solamente porque ustedes, los hombres de ciencia, son un poco duros con nosotros los clérigos. Ustedes no creen en el sacerdocio, pero admitirían más mi verdadero sacerdocio que la magia verdadera de este prestidigitador. Han estado hablando bastante de la Biblia y de la Alta Crítica, pero según la Alta Crítica, la Biblia es más antigua que el lenguaje de los elfos, el cual fue, según me parece, inventado esta misma tarde. Pero la señorita Carleon creyó en el mago; la señorita Carleon creyó en el lenguaje de los elfos, y usted, sin ninguna vacilación, puso a su cuidado un inválido; porque usted confía en las mujeres.

MÉDICO *(muy seriamente):* Sí, confío en las mujeres.

SMITH: Usted confía en las mujeres en los desenlaces prácticos de vida y muerte; a través de horas de desvelo, cuando una mano temblorosa o una pildora de más mataría.

MÉDICO: Sí.

SMITH: Pero si la mujer se levanta para ir temprano a los oficios de mi iglesia, la llaman pobre de espíritu, y

dicen que sólo las mujeres pueden creer en la religión.

MÉDICO: Nunca llamaré a esta muchacha pobre de espíritu; no, por Dios; ni aunque fuese a la iglesia.

SMITH: Y aún hay muchos tan fuertes de espíritu que creen vehementemente en la iglesia.

MÉDICO: ¿No había muchos también que creían vehementemente en Apolo?

SMITH: ¿Y qué mal hay en creer en Apolo? ¿Y qué gran mal puede sobrevenir por no creer en Apolo? ¿Nunca se le ocurrió que la duda puede ser una locura, tanto como la fe? ¿Que hacer preguntas puede ser una enfermedad, tanto como proclamar doctrinas? ¡Habla de la manía de la religión! ¿No existe acaso la manía de negar la religión? ¿No existe tal cosa en la casa, en este momento?

MÉDICO: Entonces, usted piensa que nadie debería hacer preguntas.

SMITH *(con pasión, señalando la habitación contigua):* ¡Creo que eso es el resultado de hacer preguntas! ¿Por qué no pueden dejar tranquilo al universo y que signifique lo que quiera? ¿Por qué el trueno no podrá ser Júpiter? Muchos hombres se han vuelto tontos por querer saber qué diablos era si no era Júpiter.

MÉDICO *(mirándolo):* ¿Usted cree en su propia religión?

SMITH *(devolviendo la mirada con la misma firmeza):* Suponga que no creo; aun sería un loco si me lo preguntase. El niño que duda de Santa Claus tiene insomnio; el niño que cree, tiene una noche tranquila.

MÉDICO: Usted es un pragmático. *(Entra el duque con aire distraído.)*

SMITH: Eso es lo que los abogados llaman simple injuria, Pero yo apelo a la experiencia. Aquí hay una familia sobre la cual se cierne una calamidad mental. Aquí hay un muchacho que todo lo duda y una muchacha que todo lo cree. ¿Sobre quién cayó la maldición?

DUQUE: Hablando de los pragmáticos. Me complace oír... ¡Ah, un movimiento muy progresista! Supongo que Roosevelt ahora... *(Silencio.)* ¡Bueno, progresamos, usted sabe, progresamos! Primero fue el eslabón perdido. *(Silencio.)* ¡No! Primero fue el protoplasma... y después el eslabón perdido, y la Carta Magna, etc. *(Silencio.)* ¡Pues, mire el Acta de Seguro!

MÉDICO: Prefiero no hacerlo.

DUQUE *(sacudiendo juguetonamente un dedo):* ¡Oh, prejuicios, prejuicios! ¡Ustedes saben, los doctores! Bueno, yo nunca tuve ninguno. *(Silencio.)*

MÉDICO *(rompiendo el silencio con exasperación inusitada):* [¿Ningún qué?

DUQUE *(firmemente):* Nunca tuve ningún aparato de radiotelefonía. No quiero tocarlos. *(Silencio.)* Bueno, debo hablar a Hastings. *(Sale, sin rumbo.)*

MÉDICO *(explotando):* Bueno, por todos los... *(Se vuelve a Smith.)* Usted termina de preguntarse qué miembro de la familia heredó la locura.

SMITH: Sí.

MÉDICO *(con voz baja y enfática):* Por mi alma, creo que debe ser el duque.

## <u>ACTO TERCERO</u>

*Un cuarto parcialmente oscurecido; una mesa con una lámpara, y una silla. Se ojén, desde la habitación contigua, desfallecientes y ocasionales rumores de la tos o conversación del enfermo. Entra el doctor Grimthorpe, con aire más bien agobiado y con una botella de remedio en la mano; coloca la botella en la mesa y se sienta en la silla como velando por un enfermo. Entra el Prestidigitador llevando su valija y vestido como para irse. Cuando cruza la escena, el doctor se levanta y lo llama.*

MÉDICO: Perdóneme, pero ¿puedo detenerlo un momento? Supongo que está enterado *(vacila)* que ha habido un desarrollo más bien grave en el caso de la enfermedad que ocurrió después de su actuación. No diré, por supuesto, por culpa de su actuación.

PRESTIDIGITADOR: Gracias.

MÉDICO *(ligeramente alentado, pero hablando con mucho cuidado):* No obstante, la excitación mental es necesariamente un elemento de importancia en los trastornos fisiológicos, y sus éxitos de esta tarde fueron realmente tan extraordinarios que no puedo pretender separarlos del caso de mi paciente. Él se encuentra ahora en un estado un poco análogo al delirio, pero en el cual aún puede, en cierto modo, formular y contestar preguntas. Lo que continuamente pregunta es cómo se las arregló usted para hacer su última prueba.

PRESTIDIGITADOR: ¡Ah, mi última prueba!

MÉDICO: Ahora, yo estuve pensando si es que podríamos hacer algún arreglo que no fuese injusto para usted en este asunto. ¿Sería posible que usted me proporcionara confidencialmente los medios para satisfacer esta... esta idea fija que parece tener? *(Vacila otra, vez y escoge sus palabras más lentamente.)* Este estado peculiar de semidelirante discusión es muy raro, y está relacionado, en mi experiencia, con casos más bien infortunados.

PRESTIDIGITADOR *(mirándolo con firmeza):* ¿Quiere decir que está volviéndose loco?

MÉDICO *(por primera vez, un poco sorprendido):* Realmente, usted me hace una pregunta desleal. Yo no

podría explicar los delicados matices de estas cosas a un lego. Y aún si... si lo que usted sugiere fuera cierto, debería considerarlo como un secreto profesional.

PRESTIDIGITADOR *(mirándolo aún)*: ¿Y no cree usted, doctor Grimthorpe, que lo que me pide a mí también es desleal ? Si el suyo es un secreto profesional, ¿no es el mío un secreto profesional también? Si usted puede ocultar al mundo la verdad, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Usted no dice sus trucos. Yo no digo los míos.

MÉDICO *(un poco acalorado):* Los nuestros no son trucos.

PRESTIDIGITADOR *(reflexivamente):* Oh, nadie puede estar seguro de eso hasta que los trucos sean revelados.

MÉDICO: Pero la gente puede ver las curas de un médico tan claro como...

PRESTIDIGITADOR: Sí, tan claro como vieron la luz roja sobre su puerta esta tarde.

MÉDICO *(después de una pausa):* Su secreto, por supuesto, será guardado estrictamente por todos nosotros.

PRESTIDIGITADOR: Oh, por supuesto. La gente que delira siempre guarda estrictamente los secretos.

MÉDICO: Nadie ve al paciente salvo su hermana y yo.

PRESTIDIGITADOR *(se sobresalta ligeramente):* Sí, su hermana. ¿Está ella muy ansiosa?

MÉDICO *(en voz baja):* ¿Qué supone usted? *(El prestidigitador se deja caer en una silla; la capa que lleva sobre sus fiambras se le desliza de su traje de etiqueta. Medita unos momentos y luego- habla.)*

PRESTIDIGITADOR: Doctor, son como mil las razones por las cuales yo no diría a usted cómo hice realmente esa prueba, pero una sola será suficiente, porque es la más práctica de todas.

MÉDICO: Bueno, ¿y por qué no me la diría usted?

PRESTIDIGITADOR: Porque si lo hiciese usted no me creería. *(Un silencio. El doctor lo mira con curiosidad. Entra el duque con papeles en la mano. Su habitual jovialidad tiene más bien un aire forzado debido al hecho de que, por algunas vagas asociaciones con la habitación del enfermo, camina como en puntas de pie y comienza a hablar can una suerte de susurro fuerte y agudo. Afortunadamente olvida esto y vuelve a su tono de voz más natural.)*

DUQUE *(al prestidigitador):* Muy amable de su parte el haber esperado, profesor. Supongo que el doctor Grimthorpe habrá explicado mejor de lo que pudiera hacer yo las pequeñas dificultades en que nos hallamos. Nadie como los médicos para una exposición científica. *(Confusamente.)* Recuerde a Ibsen. *(Silencio.)*

MÉDICO: Por supuesto, el profesor siente considerable disgusto en el asunto. Aduce que sus secretos son una parte esencial de su profesión.

DUQUE: Por supuesto, por supuesto. Trucos profesionales, ¿eh? Muy justo, por supuesto. Un caso característico de "noblesse oblige". *(Silencio.)* Pero me atrevo a decir que saldremos bien del asunto. *(Se vuelve al prestidigitador.)* Ahora, mi estimado señor, espero que no se ofenderá si digo que esto debería ser un asunto comercial. Nosotros le estamos pidiendo parte de su trabajo y conocimientos profesionales, y si pudiera tener el placer de firmarle un cheque...

PRESTIDIGITADOR: Agradezco a Su Gracia. Su secretario ya me entregó mi cheque. Usted lo encontrará anotado en el talonario justo detrás de la hoja del cheque que usted tan gentilmente dio a la Sociedad para la Supresión de la Prestidigitación.

DUQUE: Ahora, yo no quiero que usted lo tome de ese modo. Quiero que lo tome de un modo más tranquilo, más libre, usted sabe. *(Con un gesto expansivo.)* ¡Moderno, y todo eso! ¡Hombre admirable, Bernard Shaw! *(Silencio.)*

MÉDICO *(recapitulando, con una leve tos):* Si siente alguna delicadeza, no es necesario que el pago sea hecho directamente a usted. Respeto completamente su modo de pensar en el asunto.

DUQUE *(aprobatoriamente):* De acuerdo, de acuerdo. ¿No luchan ustedes por una causa o algo así? Ahora todo el mundo lucha por una causa, usted sabe. Viudas de prestidigitadores o algo por el estilo.

PRESTIDIGITADOR *(conteniéndose):* No, no tengo viudas.

DUQUE: Entonces, algo como una pensión o anualidad para cualquier viuda que usted pueda... este... conseguir. *(Abriendo jovialmente su libro de cheques y hablando vulgarmente para demostrar que no hay animosidad.)* Vamos, digamos un par de miles. *(El*

*prestidigitador toma el cheque y lo mira de un moda grave y dudoso. Mientras tanto el rector entra lentamente en la escena.)*

PRESTIDIGITADOR: ¿Usted estará realmente dispuesto a pagar una suma como ésta para saber cómo hice la última prueba?

DUQUE: Estaría dispuesto a pagar mucho más.

MÉDICO: Creo que ya le expliqué que el caso es serio.

PRESTIDIGITADOR *(cada vez más pensativo):* Pagaría mucho más... *(Súbitamente.)* Pero, ¿suponga que yo le diga el secreto y usted no encuentra nada en él?

MÉDICO: ¿Quiere decir que es completamente sencillo? Pues, yo diría que eso sería lo mejor que podría ocurrir. Un poco de risa saludable es lo mejor para la convalecencia.

PRESTIDIGITADOR *(aún mirando sombríamente el cheque):* No creo que vayan a reírse.

DUQUE *(razonando cordialmente):* Pero, como usted dice que es algo completamente sencillo.

PRESTIDIGITADOR: Es la cosa más sencilla del mundo. Por eso no reirán.

MÉDICO *(casi nerviosamente):* Pues, ¿qué quiere decir? ¿Qué haremos?

PRESTIDIGITADOR *(gravemente}:* No me creerán.

MÉDICO: ¿Y por qué?

PRESTIDIGITADOR: Porque es demasiado sencillo. *(De un sallo se pone de pie, con el cheque todavía en la mano.)* Ustedes me preguntan cómo hice realmente la última prueba. Les diré cómo hice la última prueba. La hice por arte de magia. *(El duque y el doctor lo miran inmóviles. El reverendo Smiih se levanta con ímpetu y se acerca un paso más hacia la mesa. El prestidigitador se .acomoda la capa sobre los hombros. Este gesto, como de partida, hace que el doctor se ponga de pie.)*

MÉDICO *(con asombro y enojo):* ¿Quiere decir que toma el cheque y luego nos dice que fue solamente magia?

PRESTIDIGITADOR *(rompiendo el cheque en pedazos):* Rompo el cheque y le digo que fue solamente magia.

MÉDICO *(con violenta sinceridad):* Pero, acabemos. No hay tal cosa.

PRESTIDIGITADOR: Sí, la hay. Quiera Dios que yo no supiera que la hay.

DUQUE *(levantándose también):* Pues, realmente, la magia...

PRESTIDIGITADOR *(desdeñosamente):* Sí, Su Gracia; una de esas amplias leyes de las que usted nos hablaba. *(Se abotona la capa a la altura del cuello y toma su valija. Cuando hace esto el reverendo Smith se sitúa entre él y la puerta y lo detiene por un momento.)*

SMITH *(en voz baja):* Un momento, señor.

PRESTIDIGITADOR: ¿Qué desea?

SMITH: Quiero pedirle disculpas. En nombre de todos, quiero decir. Creo que fue un error ofrecerle dinero, y fue un. error más grande todavía engañarle con lenguaje médico y llamar a la cosa delirio. Tengo más respeto por la elocuencia del prestidigitador que por la elocuencia del médico. Ambas se proponen adormecer; pero la suya adormece tan sólo por un momento. Ahora yo le presento el caso con palabras sencillas y desde un punto de vista sencillamente humano: aquí hay un pobre muchacho que puede volverse loco. Suponga usted que tuviese un hijo en esas condiciones, ¿no esperaría que le digan la verdad completa si eso pudiera ayudarlo?

PRESTIDIGITADOR: Sí. Y yo les he dicho la verdad completa. Vean si eso los ayuda. *(Se vuelve otra vez para irse, pero con menos decisión.)*

SMITH : Usted sabe bien que eso no nos ayudará.

PRESTIDIGITADOR: ¿Por qué no?

SMITH: Usted sabe muy bien por qué no. Usted es un hombre honesto; y lo ha dicho usted mismo: porque él no lo creería.

PRESTIDIGITADOR *(con una especie de furia):* Bueno, ¿ es que alguien lo cree? ¿Lo cree usted?

SMITH *(conteniéndose):* Su pregunta es muy justa. Veamos, sentémonos y hablemos. Quítese la capa.

PRESTIDIGITADOR: Me quitaré la capa cuando usted se quite el saco.

SMITH *(sonriendo):* ¿Por qué? ¿Quiere usted que yo pelee?

PRESTIDIGITADOR *(violentamente):* Quiero verlo martirizado. Quiero que sea testigo de su propio credo. Digo que estas son cosas sobrenaturales. Digo que esto fue hecho por un espíritu. El doctor no me cree; es agnóstico y lo sabe todo. El duque no me cree; no

puede creer en algo tan sencillo como un milagro. Pero usted, ¿para qué demonios está usted si no cree en un milagro? ¿Qué significa su vestimenta si no significa que existe algo sobrenatural? ¿Qué significa su maldito cuello si no es que existe algo espiritual? *(Exasperado.)* ¿Por qué demonios se viste así si no cree en ello? *(Con violencia.)* ¿O quizás usted no cree en los demonios?

SMITH: Creo... *(Después de una pausa.)* Quisiera creer.

PRESTIDIGITADOR: Sí. Y yo quisiera no creer. *(Entra Patricia Carleon, pálida, y con un ligero negligé de enfermera aficionada.)*

PATRICIA: ¿Puedo hablar con el prestidigitador?

SMITH *(se adelanta presuroso):* ¿Desea al doctor?

PATRICIA: No, al prestidigitador.

MÉDICO: ¿Hay alguna novedad?

PATRICIA: Solamente quiero hablar con el prestidigitador. *(Salen todos, o bien por la puerta del jardín o por otras puertas. Patricia se acerca al prestidigitador.)*

PATRICIA: Debe decirme cómo hizo la prueba. Lo hará. Yo sé que lo hará. Oh, yo sé que mi pobre hermano fue grosero con usted. ¡Es grosero con todos! *(Desalentada.)* ¡Pero es tan infantil!

PRESTIDIGITADOR: Supongo que usted sabe que hay cosas que los hombres nunca dicen a las mujeres. Son demasiado horribles.

PATRICIA: Sí. Y hay cosas que las mujeres nunca dicen a los hombres. Son demasiado horribles también. Estoy aquí para oír todo.

PRESTIDIGITADOR: ¿Quiere decir que puedo decir todo lo que quiera? ¿Por más triste que sea? ¿Por más espantoso que sea? ¿Por más infame que sea?

PATRICIA: He sufrido mucho para sentirme ahora aterrada. Dígame lo peor.

PRESTIDIGITADOR: Le diré lo peor: me enamoré de usted cuando la vi por primera vez. *(Se sienta y cruza las piernas.)*

PATRICIA *(retrocediendo):* Usted me dijo que yo parecía una niña y...

PRESTIDIGITADOR: Dije una mentira.

PATRICIA: Oh, es terrible.

PRESTIDIGITADOR: Estaba enamorado y aproveché la oportunidad. ¿Creyó usted tan simplemente que yo

era un mago? Pero yo...

PATRICIA: Es terrible, es terrible. Nunca creí que fuera un mago.

PRESTIDIGITADOR *(sorprendido):* ¡Nunca creyó que fuera un mago!

PATRICIA: Siempre supe que era un hombre.

PRESTIDIGITADOR *(haciendo cualquier cosa apasionada que la gente hace en el escenario):* Yo soy un hombre. Y usted es una mujer. Y todos los duenden se han ido al país de los duendes, y todos los demonios al infierno; y usted y yo nos iremos de esta casa vulgar y enorme y nos casaremos... Hoy, en esta casa, todo el mundo está loco, creo. ¿Qué estoy diciendo? ¡Como si usted pudiese casarse conmigo! ¡Oh, mi Dios!

PATRICIA: Esta es la primera vez que decayó su coraje.

PRESTIDIGITADOR: ¿Qué quiere decir?

PATRICIA: Quiero llamar su atención sobre el hecho de que termina de hacer una proposición: y yo la acepto.

PRESTIDIGITADOR: Oh, es un desatino, es un desatino. Cómo puede un hombre casarse con un arcángel; mucho menos con una dama. Mi madre era una dama y se casó con un moribundo violinista que ambulaba por los caminos, y esta mezcla juega al gato y al banjo con mi alma y mi cuerpo. Puedo ahora ver a mi madre cocinando en albergues cada vez más sórdidos, zurciendo medias con ojos cada vez más débiles, cuando pudo usar perlas si hubiera querido ser una persona razonable.

PATRICIA: Y pudo criar perlas, si hubiera querido ser una ostra.

PRESTIDIGITADOR *(seriamente):* Hubo poco placer en su vida.

PATRICIA: Hay un poco, muy poco, en cada individuo. La cuestión es saber qué clase de placer. No podemos transformar la vida en un placer, pero podemos elegir tales placeres de acuerdo a lo que sea digno de nosotros y de nuestras almas inmortales. Su madre eligió y yo he elegido.

PRESTIDIGITADOR *(con mirada tensa):* ¡Almas inmortales! Y supongo que si me arrodillo para adorarla, usted y todos los demás se reirían.

PATRICIA *(con una sonrisa perversa):* Bueno, creo que eso es lo más cómodo. *(Súbitamente se sienta al lado de él en una forma muy familiar y prosigue*

*conversando.)* Sí, haré todo lo que hizo su madre, no tan bien, por supuesto; zurciré ese sombrero de prestidigitador —¿es que se zurcen los sombreros?— y cocinaré la comida del prestidigitador. De paso, ¿en qué consiste la comida de un prestidigitador? Siempre están los peces de colores, por supuesto...

PRESTIDIGITADOR *(con un gemido):* Zanahorias.

PATRICIA: Y, por supuesto, ahora que me acuerdo, usted siempre puede extraer conejos del sombrero. ¡Qué vida barata será! ¿Cómo cocina usted los conejos? El duque siempre habla de conejos guisados. Realmente seremos muy felices. La confianza será mutua, por lo menos, y no habrá secretos. Insisto en conocer todos los trucos.

PRESTIDIGITADOR: Ya no sé dónde tengo la cabeza.

PATRICIA: Y ahora que vamos a ser tan confidentes y agradables, me dirá el verdadero, práctico y astuto modo de hacer esa última prueba.

PRESTIDIGITADOR *(levantándose, rígido de horror):* ¿Cómo hice esa prueba? La hice con malas artes. *(Se vuelve furiosamente hacia Patricia.)* Usted podía creer en las hadas, ¿no puede creer en los demonios?

PATRICIA *(seriamente):* No, no puedo creer en los demonios.

PRESTIDIGITADOR: Este cuarto está lleno de demonios.

PATRICIA: ¿Qué significa todo esto?

PRESTIDIGITADOR: Significa que yo he hecho lo que han hecho muchos hombres; pero, muy pocos, creo, han tenido éxito. *(Se sienta y habla pensativamente.)* Yo le dije que había andado con mucha gente extraña. Entre otros, anduve con aquellos que pretenden, cierta o falsamente, hacer nuestras pruebas con ayuda de los espíritus. Me entrometí un poco con eso de hacer que las mesas den golpes y se muevan. Pero pronto lo dejé, e hice bien.

PATRICIA: ¿Por qué lo dejó?

PRESTIDIGITADOR: Comenzó por darme dolores de cabeza. Y encontré que cada mañana, después de una sesión espiritista, sentía una rara sensación de abatimiento y degradación, como de haber sido mancillado; una sensación muy parecida a la que la gente debe sentir, supongo, la mañana siguiente de una borrachera. Pero ocurre que tengo lo que la gente llama cabeza fuerte, y nunca estuve realmente

borracho.

PATRICIA: Eso me alegra.

PRESTIDIGITADOR: Y no fue por no haberlo intentado. Pero no pasó mucho tiempo antes que los espíritus con quienes había estado sesionando, hicieran lo que creo que generalmente hacen al final de tales sesiones.

PATRICIA: ¿Qué hicieron?

PRESTIDIGITADOR: Voltearon las mesas, y me voltearon a mí. No me sorprende que usted crea en las hadas. Mientras estas cosas fueron sirvientes míos me parecieron hadas. Cuando trataron de ser mis amos... descubrí que no eran hadas. Descubrí que los espíritus, con quienes yo, por lo menos, me había puesto en contacto, eran malignos, terriblemente, inhumanamente malignos.

PATRICIA: ¿Eso dijeron ellos?

PRESTIDIGITADOR: No hable de lo que dijeron. Yo era un muchacho disoluto, pero no había, caído tan bajo. Los resistí. Y después de un tiempo bastante malo, psicológicamente hablando, corté la comunicación. Pero siempre me tentaban para que hiciera uso del poder sobrenatural que me habían concedido, No era muy grande, pero era suficiente para mover cosas, alterar luces, etcétera. Yo no sé si usted comprende que para un hombre es extremadamente violento conformarse a beber el café malo de los cafetines, cuando sabe que tiene poder suficiente para hacer surgir una botella de champagne de un estante vacío.

PATRICIA: Creo que procedió muy bien.

PRESTIDIGITADOR *(amargamente):* Y cuando al final caí no fue siquiera por nada ni la mitad tan limpio ni tan cristiano como el champagne. Con empecinada y ciega soberbia, con ira y toda clase de sortilegios, debido a mi imprudencia de colegial, exhorté a los amigos y obedecieron.

PATRICIA *(le toca el brazo):* ¡Pobre muchacho!

PRESTIDIGITADOR: Su bondad es la única bondad que nunca se equivoca.

PATRICIA: ¿Y qué haremos con Morris? Yo... yo te creo ahora, querido, pero él... él nunca creerá.

PRESTIDIGITADOR: No hay fanático mayor que el ateo. Debo pensar. *(Camina, hacia la puerta que da al jardín. Reaparecen las otras personas para detener su movimiento.)*

MÉDICO: ¿Adonde va usted?

PRESTIDIGITADOR: Voy a preguntar al Dios a cuyos enemigos he servido, si aún soy digno de salvar a un niño. *(Sale al jardín. Va de un lado a otro, exactamente como lo había hecho Morris. Mientras hace esto, Patricia, lentamente, sale. Sigue un largo silencio durante el cual los otros fiambres caminan o se mueven con impaciencia. La oscuridad aumenta. Pasa mucho tiempo antes que alguno hable.)*

MÉDICO *(bruscamente):* Hombre extraordinario este prestidigitador. Hombre inteligente. Hombre singular. Un hombre muy singular. Un tipo de hombre, usted sabe... ¡Dios nos ampare! ¿Qué es eso?

DUQUE: ¿Qué es qué? ¿Qué es qué?

MÉDICO: Juro que oí unos pasos. *(Entra Hastings, con papeles.)*

DUQUE: Pero, Hastings... Hastings... Pensamos que era un fantasma. Debería... este... estar blanco, por lo menos.

HASTINGS: He traído la contestación de los antivegetarianos... quiero decir de los vegetarianos. *(Se le caen unos papeles.)*

DUQUE: Pero, Hastings, usted está blanco.

HASTINGS: Pido el perdón de Su Gracia. Tuve un sobresalto al entrar en la sala.

MÉDICO: ¿Sobresalto? ¿Qué sobresalto?

HASTINGS: Creo que es la primera vez que interrumpo el trabajo de Su Gracia con algún sentimiento privado. No molestaré a Su Gracia con él. No volverá a ocurrir. *(Sale.)*

DUQUE: Qué muchacho extraordinario. Me gustaría saber si... *(Súbitamente deja de hablar.)*

MÉDICO *(después de un silencio, a Smith, en voz baja):* ¿Cómo se siente usted?

SMITH: Siento como si debiera cerrar una ventana, o abrirla, no sé cuál de las dos cosas. *(Otro larga silencio. De pronto, exclamando súbitamente en la oscuridad)* ¡En nombre de Dios, váyase!

MÉDICO *(dando un brinco y estremeciéndose):* Realmente, señor, no estoy acostumbrado a ser tratado como...

SMITH: No fue a usted a quien dije que se fuera.

MÉDICO: No. *(Pausa.)* Pero creo que me iré. Esta habitación es simplemente horrible. *(Camina hacia la*

*puerta.)*

DUQUE *(dando un brinco, agitándose y cambiando de lugar las cartas, papeles, etc., que hay sobre la mesa):* ¿ Habitación horrible? No, no, no. *(Comienza a correr más rápidamente alrededor de la liabitación, agitando las manos como si fueran aletas.)* Pero demasiado llena. Demasiado llena. Y no creo conocer a todos. No podemos simpatizar con todos. Estas largas reuniones... *(Se desploma sobre una silla.)*

PRESTIDIGITADOR *(reapareciendo en la puerta del jardín):* Vuelvan al infierno de donde los he llamado. Será la última orden que daré.

MÉDICO *(levantándose, un poco tembloroso):* ¿Y qué va usted a hacer ahora?

PRESTIDIGITADOR: Voy a decir una mentira a ese pobre mozo. Hallé en el jardín lo que él no halló en el jardín: di con una explicación lógica para esa prueba.

MÉDICO *(muy conmovido):* Creo que usted es algo así como un gran hombre. ¿Puedo llevarle ahora su explicación?

PRESTIDIGITADOR *(ásperamente):* No, gracias. La llevaré yo. *(Se va a la otra habitación.)*

DUQUE *(incómodamente):* Todos nos sentimos endemoniadamente raros, justamente ahora. Hay cosas maravillosas en el mundo. *(Después de una pausa.)* Supongo que todo se debe a la electricidad. *(Un silencio como siempre.)*

SMITH: Creo que ha habido algo más que electricidad en todo esto. *(Entra Patricia Carleon, aún pálida, pero radiante.)*

PATRICIA: ¡Oh, Morris está tanto mejor! ¡El prestigitador le contó una historia tan buena de cómo fue hecha la última prueba! *(Entra el prestidigitador.)*

DUQUE: ¡Profesor, le estamos agradecidos!

MÉDICO: ¡Realmente, su originalidad es extraordinaria!

SMITH: Es mucho más prodigioso explicar un milagro que obrar un milagro. Y, de paso, ¿cuál fue su explicación?

PRESTIDIGITADOR: Porque Dios y los demonios y ese Misterio Inmortal que usted niega han estado esta noche en esta habitación. Porque usted sabe que han estado aquí. Porque usted los ha sentido aquí. Porque usted sabe como yo que existen espíritus, y los

teme tanto como yo.

SMITH: ¿Bien?

PRESTIDIGITADOR: Pues entonces todo esto no serviría. Si le cuento la mentira que dije a Morris Carleon de cómo hice esa prueba...

SMITH: ¿Bien?

PRESTIDIGITADOR: Usted la creería como él la creyó. Usted no puede imaginar *(señalando la luz)* cómo podría ser hecha esa prueba naturalmente. Yo solo descubrí cómo podría ser hecha... después que la hice por arte de magia. Pero si yo le digo un modo natural de hacerla...

SMITH: ¿Bien?

PRESTIDIGITADOR: Media hora después que yo abandone esta casa, todos estarán diciendo cómo fue hecha. *(Se abotona la capa y avanza hacia Patricia.)* Adiós.

PATRICIA: No diré adiós.

PRESTIDIGITADOR: Usted es tan admirable como buena. Pero una santa puede ser una tentación tanto como una pecadora. En sus manos está mi honor... Oh, sí, aún me queda un poco. Empezamos con un cuento de hadas. ¿Tengo algún derecho de sacar ventajas de ese cuento de hadas? ¿Ese cuento de hadas no ha llegado real y ciertamente a su fin?

PATRICIA: Sí. Ese cuento de hadas ha llegado real y ciertamente a su fin. *(Lo mira de un modo un poco mítico y antiguo.)* Es muy penoso para un cuento de hadas llegar a su fin. Si no se lo manosea, dura eternamente. Nuestro cuento de hadas ha llegado a un fin del único modo que un cuento de hadas podía llegar a un fin; del único modo que un cuento de hadas puede dejar de ser un cuento de hadas.

PRESTIDIGITADOR: No la comprendo.

PATRICIA: Volviéndose real.